17 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE EL MISMO ASUNTO DE LA CORONACION DE ESPINAS.

PUNTO 1º

Salid, hijas de Sión y mirad al Rey Salomón con la corona con que le coronó su madre, en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. Alma mía ¿qué haces? Corazón mío ¿qué piensas? Lengua mía ¿cómo has enmudecido? ¿Cuál corazón no revienta? ¿Cuál dureza no se ablanda? ¿Qué ojos pueden detener sus lágrimas teniendo delante de sí tal figura? ¡Oh dulcísimo Salvador mío! Cuando yo abro los ojos y miro este espectáculo tan doloroso que aquí se me pone por delante, ¡cómo no se me parte el corazón de dolor! Veo esa delicadísima cabeza, delante de la cual tiemblan los poderes del cielo, traspasada con crueles espinas. Veo escupido y abofeteado ese rostro divino, oscurecida la lumbre de

esa frente clara, cegados con lluvia de sangre esos ojos serenos. Veo los hilos de sangre que gotean de la cabeza, descienden por el rostro y borran la hermosura de esa divina cara. Pues ¿cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habían de sacar las espinas la sangre de la cabeza, á quien los azotes habían perdonado? Si por denuedos y bofetadas lo hacías para satisfacer por las que yo te dí pecando ¿ya no habías recibido muchas? Si sola tu muerte bastaba para redimirnos ¿para qué tantos ensayos? ¿para qué tantas invenciones y maneras de vituperios? ¿Quién jamás oyó ni leyó tal manera de corona ni tal linaje de tormentos? Bien veo, Señor mío, que no eran estas injurias necesarias para mi remedio: bastaba para esto una sola gota de tu sangre. Mas, eran convenientísimas para que me declarases la grandeza de tu amor, para que me ligasen cadenas de perpétua obligación; para que confundieses los atavíos y galas de mi vanidad, y me enseñases por aquí el menosprecio

de la gloria del mundo. Mas, para que sientas algo de este paso tan doloroso, pon primero, ante tus ojos, la imagen antigua de este Señor y la excelencia de sus virtudes, y luego vuelve á mirarlo de la manera que está. Mira la grandeza de su hermosura y la modestia de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad y aquel aspecto suyo de tanta veneración. Mírale tan humilde para con sus discípulos, tan blando para con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, tan suave para con los humildes y tan misericordioso con todos. Considera cuan manso fué siempre en el sufrir, cuan sabio en responder, cuan piadoso en juzgar, cuan misericordioso en recibir y cuan benigno en perdonar. Y después que así lo hubieses mirado y deleitádote de ver una figura tan acabada, vuelve los ojos para mirarle cubierto con aquella púrpura de escarnio, aquella caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza; aquellos ojos mortales, aquel rostro difunto, aquella figura toda borrada con la sangre y

afeada con las salivas que estaban esparcidas por todo el rostro. Mírale todo dentro y fuera; el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado por los Pontífices, acusado injustamente y desamparado de todo favor humano.

PUNTO 2º

No pienses, alma mía, esto como cosa pasada, sino como presente; no como ajena sino como propia. Ponte en lugar del que padece y mira lo que sentirás, si en una parte tan sensible como es la cabeza te hincasen las espinas y te penetrasen hasta los huesos. ¿Y qué digo espinas? Una sola punta de un alfiler que fuese no lo podrías sufrir. Pues ¿qué sentiría aquella delicadísima cabeza con este género de tormento? Pues ¡oh resplandor de la gloria del Padre! ¿quién te ha maltratado? ¡Oh Espíritu sin mancilla de la Majestad de Dios! ¿quién te ha manchado tanto? ¡Oh río que sales del Paraíso

de deleites y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios! ¿quién ha enturbiado esas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pensamientos criminales y deshonestos, Señor mío, las han enturbiado, mis deseos desarreglados las han oscurecido. ¡Ay de mí, pobre y miserable! ¡ay de mí! ¿Y qué tal habrán dejado las imaginaciones torpes á mi alma, cuando tal dejaron las ajenas á la fuente clara de toda hermosura? Mis pensamientos criminales son, Señor, las espinas que te punzan: mis locuras, la púrpura que te escarnece: mis hipocrecías y fingimientos, las ceremonias con que te desprecian los soldados: mis atavíos y vanidades la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor. Se lee que el rey Ezequías mandó limpiar el templo de Dios, porque estaba profanado por los malos, y toda la inmundicia la arrojó en el torrente Cedrón. Yo, Señor, soy el templo vivo, que los demonios han profanado y ensuciado con infinitos pecados; tú eres el cristalino río, más hermoso que el torrente de los cedros, que sustentas con tus corrientes

toda la hermosura de los cielos. Pues allí son lanzados todos mis pecados, allí desaparecen mis maldades. Porque con el mérito de esa caridad inefable con que te inclinaste á tomar sobre tí todos mis males, no solo me libraste de ellos, más también me hiciste participante de tus bienes: porque tomaste mi muerte y me diste tu vida: tomaste mi carne y me diste tu espíritu: tomaste sobre tí mis pecados y me diste tu gracia. ¡Redentor mío! todas tus penas son tesoros y riquezas mías. Tu púrpura me viste: tu corona me honra: tus cardenales me hermosean; tus dolores me regalan: tus amarguras me sustentan: tus llagas me sanan: tu sangre me enriquece: tu amor me embriaga. Con la púrpura encendida en que arde tu corazón sostienes esa púrpura de escarnio: con la compasión de mi aprovechamiento, esa caña en la mano y mis pensamientos criminales hacen que ostentes esa corona de compasión.